

Notas y Documentos

LOS ARABES EN CHILE (1)

Señoras, señores:

Es muy honroso para el que habla cumplir con el encargo de decir algunas palabras en este acto de inauguración del Instituto Chileno-Arabe de Cultura, que esta tarde se celebra. El significado de esta velada marca una bella etapa en este convivencia de los árabes con la gente de las tierras de América, pues con ello se asegura en su total integridad la incorporación de ellos a la vida de estos países adonde llegaron trayendo su aporte de esfuerzo y de heroísmo.

Y digo de heroísmo porque en realidad la mayoría de los árabes llegados a América, vinieron en calidad de emigrantes, o sea de hombres decididos a conquistar un destino, de hacer una vida afrontando todas las dificultades y tropiezos que engendra el trasplante de un espíritu, de una psicología y de una costumbre diferentes. América es un continente de contrastes y también de infinitas posibilidades vivenciales, pero en sus dilatadas regiones, el ser humano no se adapta fácilmente a las contingencias del clima, ni de los medios de vida para iniciar la lucha en el camino del éxito. Los árabes, pueblo fuerte, de gran vitalidad, no

(1) El día 29 de noviembre último se llevó a efecto en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el acto inaugural de las actividades del Instituto Chileno-Arabe de Cultura. En esta velada, que fué presidida por el Rector de la Universidad don Juvenal Hernández, y a la que asistieron el Presidente del Senado don Arturo Alessandri Palma y los cónsules de Siria y El Líbano, el escritor Luis Durand pronunció el discurso que se inserta en estas páginas.

fracasaron en ninguna de estas latitudes y desde las mínimas condiciones en que comenzaron a conquistar una posición dentro de la sociedad americana, hasta estos días, el triunfo de su esfuerzo, de su perseverancia, de su fe y de su optimismo ha llegado a alturas de tan prodigioso relieve que ellas bastan para señalarles como a uno de esos pueblos, que, a través del tiempo y de las alternativas que consigna la historia, no ha perdido ninguna de sus virtudes ni cualidades raciales.

EJEMPLO DE LABORIOSIDAD.

Y es que el árabe que hoy puede señalarse como un ejemplo de laboriosidad hasta alcanzar una solvencia de sólido respaldo dentro de las industrias, del comercio y de la agricultura, no trajo otra fortuna que su inteligencia, y la de su capacidad para soportar las vicisitudes de una existencia hasta entonces desconocida para ellos. No eran éstos los árabes cuyas huestes arrogantes dominaron en tiempos remotos la península ibérica, abatiendo al imperio visigótico para implantar allí sus costumbres y su cultura. Amalgamados en una poderosa corriente vital a la cual confería unidad espiritual la doctrina de Mahoma, crearon pueblos y una civilización que difundieron a través de ocho siglos en las tierras de Iberia. No fué una invasión de bárbaros la que se enseñoreó en las tierras de Hispania, sino de gente que conocía los secretos de la astronomía, de las matemáticas, de la medicina, de la arquitectura y de las artes que les destacaban como un pueblo de espíritu evolucionado. Los Califas y Emires protegían a los filósofos, a los poetas y hombres de ciencia. Y tanto en el Califato de Córdoba, que alcanza inusitado esplendor hasta emanciparse por completo del Califato de Bagdad, como en los reinos árabe españoles, se advierte un amor a la cultura que no era frecuente en los países de la Europa de esos tiempos. Florecieron en esos pueblos el comercio y la agricultura y todas las industrias de la época. Mas, sin poder sustraerse a ese proceso histórico

que marca notables etapas en la vida de los pueblos, el árabe sufre también su período de decadencia. Y desde aquellos días en que don Pelayo inicia la reconquista de las tierras peninsulares, hasta la jornada de Lepanto en que don Juan de Austria logra abatir las naves orgullosas en cuyos mástiles flameaba la bandera de la media luna, los árabes se recogen a sus tierras de Asia y de Africa. La Arabia y el Mogreb inician entonces la etapa de la nostalgia y del recuerdo de sus grandes días de opulencia.

CUALIDADES DE LA RAZA.

Pero en la sangre y en la mente permanecían vivas y fuertes las cualidades cimeras de la raza árabe. El beduino que recorre el desierto encaramado en su paciente mehari, afronta la soledad y el abandono sin perder sus condiciones de bizarría, como no las perdieron los ágiles jinetes del Mogreb, que en tiempos no tan lejanos bajo las órdenes del famoso Abd-el-Krim pusieron en jaque a los Ejércitos de España, defendiendo la libertad de su tierra. Sin embargo, la existencia del árabe, ya no volvió a recobrar el ímpetu ni la arrogancia de aquellos musulimes que se batían con las tropas de Carlomagno en su avance de conquista. Mas, esa fuerza transformada en vitalidad, en esa salud plena del hombre que marcha sin vacilaciones en busca del horizonte, les hizo un día dejar el arrullo amoroso de la tierra nativa. Arabes que conocieron el vórtice arrollador del sirocco, o la desolación terrible de los campos yermos y el huracán desatado de las pasiones que desatan las luchas de pueblo a pueblo, sintieron el llamado milagroso de la tierra americana.

Y aquí llegaron. Cientos de ellos, miles quizás, recorrieron calles y caminos, con su caja de menudencias, en que había espejos, tijeras, peinetas, aretes y otras mercaderías de pequeño valor. Cuando niños les oímos vocear. ¡Cosa tenda, cosa tenda! Había en ese grito un desgarrón de melancolía. Un acento de tristeza en que tal vez estaba presente el pueblo de la infancia,

la sombra de las palmeras o el sabor agridulce de los dátiles. Tal vez el aroma de la tierra se les venía al encuentro en cada detalle del paisaje chileno. Pero había que perseverar, había que superar todas las dificultades. Y esa gente fué la base de una de las colonias extranjeras más ricas que existen hoy en los países de América. Ahora el árabe que entre nosotros sufrió a lo largo de los caminos, o se desesperó contando las monedas en sus pequeños negocios de la calle San Pablo o de San Diego, hoy vive en un palacio o por lo menos lleva una existencia de envidiable holgura económica.

FE INAMOVIBLE.

Y esto es el producto de esas cualidades de la raza árabe. Supieron conquistar la riqueza material que es necesaria para imponerse en la vida, mediante su constancia, su honradez, y su fe inamovible. Y esto es grande, esto es bello y ejemplarizador dentro de la sociabilidad de un pueblo.

Los árabes de Chile se han ido incorporando a esta nacionalidad. Son chilenos, con todas las veras de su alma, los hijos de esos árabes que tan empecinadamente lucharon por darle a la patria de adopción el aporte de su esfuerzo creando la riqueza privada e inyectando fuerte energía a la industria y el comercio. Y entonces siguiendo esa línea de honda comprensión solidaria, sus hijos han tomado parte en la vida chilena. Así los tenemos en el ejército, en el Parlamento, en el foro, en las profesiones liberales. Maestros y hombres de espíritu preclaro que se han formado en nuestras universidades son ahora parte de la chilenidad. Sin egoísmos, sin limitaciones, sin prejuicios de ninguna especie, el árabe se ha incorporado a la nacionalidad con un sentimiento de orgullo y de dichosa satisfacción. En estos tiempos modernos en que no pueden prevalecer aquellas limitaciones apasionadas y tercas que martirizaron a mozárabes y mudéjares, ellos se iden-

tifican con el espíritu de esta patria a la cual le dan íntegramente su capacidad vital.

Y ahora al entrar en este reino del espíritu, en esta manifestación sensible del pensamiento y del arte, nos advierten que ya no pueden permanecer por más tiempo ajenos al ideal estético. Conquistados los medios materiales, asegurado el porvenir, el árabe, tanto el llegado del otro lado de los mares, como el nacido aquí en Chile, siente que no puede permanecer indiferente a esta suprema manifestación de la conciencia humana que es la cultura y el arte. El Instituto Chileno Árabe de Cultura, que hoy inaugura sus actividades bajo los auspicios de la Casa de Bello, iniciará seguramente esa etapa de unidad espiritual, de acercamiento emocional, de sensible vinculación por medio de las artes, de las ciencias, de la literatura y de todas las manifestaciones que enaltecen al hombre.

Pero al terminar estas palabras no cumpliría en buenas condiciones este honroso encargo que me han dado mis buenos amigos del Instituto, si no recordara aquí que antes de que adquiriera formas y se hiciera un hecho concreto esta entidad, existió una institución que trabajó por abrir una ancha brecha hacia este resultado. Esa institución fué el Círculo de Amigos de la Cultura Árabe, que realizó durante su existencia una notable labor de cultura. Y el alma de esa entidad fué un árabe residente en Chile, que ama con devoción y permanente fervor a la tierra de sus mayores y siente a la vez un entrañable cariño por ésta donde formó una familia. Benedicto Chuaqui se llama este hombre que ha tenido la virtud rara y exquisita de solucionar ese problema, de armonizar el ensueño con la realidad. Ese Círculo de Amigos de la Cultura Árabe tuvo en él, a su más decidido sostenedor, junto a otros altos espíritus de los árabes residentes. Y allí se hizo una labor que no perecerá tan luego. Conferencias dictadas en este mismo salón, fueron después editadas en bellos libros. El hecho significativo y enaltecedor no se puede silenciar en esta oportunidad. Alrededor de una mesa con-

vivimos momentos de cálida y fraterna amistad, con gentes de la literatura de Chile y de los españoles exilados. Eleazar Huerta, Antonio Romera, Vicente Mengod, Alejandro Tarragó, se nos revelaron en esas ocasiones, junto a Mariano Latorre, Domingo Melfi, Januario Espinosa, Augusto d'Halmar, Luis Merino Reyes y Víctor Castro. Tantos fueron que a muchos olvidaremos. Y allí conocimos a los primeros escritores de origen árabe, como Sabella, Massis, Alhues y al doctor Mussa, eminente profesor universitario, así como ahora conocemos al doctor Sarah y a Olga Lolas, entre los nuevos valores. Uno, escritor hecho y derecho, la otra una bella promesa, llena de rara y fina sensibilidad.

El alma de la raza encontrará seguramente en sus más profundas raíces sentimentales, la expresión más alta y la emoción más pura, en su anhelo de que este Instituto Chileno Árabe de Cultura, penetre muy hondo en la sensibilidad de quienes abrigan la ilusión de que las voces del espíritu seguirán siendo las únicas que nos ligan a un entendimiento de eterna y sincera trascendencia en la urdimbre del tiempo y de las inquietudes humanas.